

encontrar alguna compensación para adquirir dinero y conservarlo, y al mismo tiempo arreglar los impuestos. Sully, con el parlamento inglés, fué quien creó la ciencia administrativa. Sully fué el primer rentista que no marchó á la ventura: estudió con orden los recursos y cargas de la Francia, después de lo cual formó el primer presupuesto y estableció sobre las ruinas de las rentas de los nobles las que hoy se llaman rentas del Estado. Para estinguir la deuda, trató de aplicar á cada artículo de gastos una renta, la que no debía separarse nunca de su destino. Reprimió la avaricia de los contratistas generales, que cobraban 150.000.000, al paso que no entregaban más que 30 en el tesoro. Los príncipes extranjeros no pudieron ya tener en prenda ó en arrendamiento las gabelas. Se prohibió embargar á los cultivadores que debiesen, sus animales é instrumentos de trabajo; también se mandó que los soldados no los vejasesen, ya estuviesen en marcha ó en los cuarteles. Enfrenóse la avaricia de los gobernadores de las provincias. El ministro que obtuvo semejantes resultados es tanto más digno de admiración, cuanto que no tenía modelos en la administración de sus predecesores, y que llamado á remediar tantos desórdenes, tuvo que sufrir las calumnias de todos los intereses atacados.

Trató de abolir la multitud de impuestos de que se aprovechaban los nobles en perjuicio del pueblo, para lo cual hacia intervenir en los pleitos, que con este motivo se suscitaban al tribunal del rey, favoreciendo por este medio al pueblo, pero no dándole ninguna representación; y mientras los nobles se conciliaban unos con otros viviendo en medio del lujo y de las ambiciones, procuró que el pueblo se dedicase al comercio y al trabajo. Conociendo que para enriquecer al príncipe era necesario enriquecer á los súbditos, prodigó sus cuidados á los campos. «La agricultura y los pastos, decía, deben ser los pechos de la Francia, sus minas del Perú.» Así fué que gran número de páramos se desmontaron; abolió las trabas que se habían establecido para la circulación interior, simplificó la recaudación de las rentas, suprimió las gracias concedidas con detrimento del pueblo, y la detestable contribución de un sueldo por franco en toda clase de mercancías, y no pasó un año sin que disminuyese algunos de los impuestos que pesaban particularmente sobre el pueblo.

Sully ignoró la importancia de las manufacturas: despreciaba los artesanos como noble, y el lujo como calvinista. Estuvo á punto de indisponerse con Enrique IV, porque prestando oídos este príncipe á los consejos de Olivier de Serres (7) hizo

(7) Ha escrito el *Teatro de agricultura*, en el que sabe dar un aspecto dramático á la enseñanza del arte más útil, sin emplear la forma del diálogo. Representa á un padre de familia instruido, que hace valer sus tierras por mano de sus servidores, 1539-1619.

plantar cincuenta mil moreras en cada diócesis, y decía: «¿Qué se consigue con ejercitar al pueblo en el cultivo de la seda? Sólo hacerle abandonar la vida dura y laboriosa de los campos, por otra que no cansa con ningún movimiento fuerte: siempre han salido los mejores soldados de las familias de los robustos labradores y de los nervudos artesanos; sustituid á los hombres que conocen solamente un trabajo propio de niños, y vereis que no sirven para la milicia que la situación de Francia necesita. En tanto que debilitais al pueblo del campo, verdadero apoyo del Estado, introduciréis entre el de las ciudades el lujo y sus consecuencias. ¡Y qué! no tenemos en Francia bastantes y aun demasiados hombres inútiles, que bajo el vestido de oro y de escarlata ocultan costumbres de verdaderas mujeres?» (8)

Confiesa que hubiera querido proscribir el uso de carruajes ó al menos hacerlos pagar caros á la vanidad. Quería establecer una inquisición severa sobre las personas pródigas y libertinas, prohibiendo los grandes préstamos, á menos que no se justificase el uso á que estaba destinado el dinero. Las mismas preocupaciones le hacían considerar como robado á la Francia todo el dinero que se enviaba fuera en importaciones; ésta fué la razón en que se apoyó para ser uno de los primeros en introducir el funesto sistema prohibitivo, imponiendo castigos muy severos á los contrabandistas, y excluyó la moneda extranjera, mandando que se llevase á la casa de moneda, lo cual hizo desaparecer los capitales. Cuando los mercaderes de seda de París fueron á quejarse á él, vestidos, según su costumbre, de buen paño con ricos forros de sedas, Sully tomó al jefe por la mano, y habiéndole hecho dar una vuelta: «¡Cómo, dijo, venís á llorar aquí, y estais mejor vestidos que yo! ¡Cómo! esto es tafetan, damasco, brocado.» Y continuó burlándose de ellos en este tono, hasta el punto de decir al retirarse: «El criado es más orgulloso que el amo.»

¿Qué resultaron de estas prohibiciones? Que los comerciantes de Italia que acudían á Inglaterra y Flandes, pasando por Francia, asustados con la carestía de los peajes, adoptaron el camino del mar. ¡Tan pronto se hacen sentir las funestas consecuencias de los errores en materia de economía política!

(8) «T. II, pág. 280 de las Memorias de las sabias y reales economías del Estado, domésticas, políticas y militares de Enrique el Grande, modelo de reyes, príncipe de las virtudes, de las armas y de las leyes, y verdadero padre de sus pueblos franceses; y de los servicios útiles, obediencias convenientes y leales administraciones de Maximiliano de Bethune, uno de los más fieles, familiares y útiles soldados y servidores del gran Marte de los franceses.» Son relaciones de doce secretarios al ministro: su forma es árida y enojosa, pero interesan mucho las cosas que en ellas se refieren, y aquel perfecto conocimiento que con su lectura se adquiere de los asuntos de la paz y la guerra, y especialmente del carácter de Enrique.

Todas las demás partes del gobierno se encontraban también en el estado más deplorable al advenimiento de Enrique IV: la administración no ofrecía más que desorden, los parlamentos no eran obedecidos, los nobles se mostraban arrogantes y rebeldes como en la época de los feudos; en fin, los puertos estaban desiertos en el momento en que dos mundos parecían salir de las olas para enriquecer á los Estados vecinos.

Enrique IV reprimió la indisciplina de los soldados, y licenció á los que habían cumplido su tiempo en el servicio (9), prohibió usar armas de fuego; exhortó á la nobleza á permanecer en sus hogares y á ocuparse de ellos antes que estar ociosos en la corte. Prohibió los duelos, que en un año habían producido la muerte de cuatro mil caballeros; y al paso que en España se quería que las clases inferiores trabajasen en provecho de la nobleza, él procuraba someter á los nobles á las cargas comunes.

El gran mérito del pacificador de la Francia consiste precisamente en que comprendió el poder del pueblo y la necesidad de llamarle en su ayuda para sus empresas; en que no le propuso á los nobles ni tuvo empeño en que fuese reformado ó católico, sino haciendo que conquistase una existencia cómoda y la independencia que produce: «Espero vivir bastante, decía, para que cada campesino pueda tener los domingos una gallina en el puchero.» Tenemos trazado por mano de Sully la marcha que se había de seguir para restablecer los negocios en Francia: 1.º, reducir á todos los rebeldes á la obediencia, y quedar de esta manera verdadero dueño; 2.º, dedicarse á estinguir los odios y las animosidades de secta y religión; 3.º, presen-

(9) En todas partes en las memorias de los guerreros de aquella época y aun en las de Sully, se hace mención, sin ningún miramiento, de los robos que se hacían en cada ciudad y del producto que de ellos se sacaba. Y éste era algunas veces tan considerable, que bastaba á compensar á los guerreros de los gastos de una campaña y aun á aumentar su fortuna. Sully refiere que había ganado 3.000 ducados en el saqueo del arrabal de San German; y que algunas ciudades pequeñas como Fontenay en el Poitou, le habían dado aun mayores sumas procedentes del botín. El rescate de los prisioneros era un objeto de tráfico que ascendía en muchas ocasiones á 10.000 y 20.000 escudos. Pero el mayor lucro era para los avaros especuladores que prestaban dinero á ambos partidos al 50 y al 60 por 100. De este modo el banquero Zumel había hecho en tres ó cuatro años una fortuna que correspondía á 7 ó 8 millones de francos; y sin embargo tenía fama de hombre honrado. Buss y Leclerc, sin salir de París, había adquirido en tan corto tiempo un caudal muy considerable. La interrupción del comercio y la total destrucción del crédito habían pedido la circulación del dinero y algunos guardaban sumas muy crecidas, producto en su mayor parte de robos y concusiones. Causa admiración que seis años después de aquella desastrosa época, se pudiese establecer el mejor sistema de orden y buena fe en los asuntos de hacienda.» LACRETELLE.

tar un estado exacto de las rentas del reino, de su origen, percepción y mejoras que se pueden hacer en ellas; 4.º, hacer otro de todas las deudas de la Francia, y procurar los medios de estinguirlas; 5.º, tener un registro de todos los empleos civiles y militares, y disminuir en lo posible su número y sueldo; 6.º, formar una lista de todas las ciudades y fortalezas del rey y de los señores, anotando las que son absolutamente necesarias, y las que pueden ser destruidas sin perjudicar á los que es preciso considerar; 7.º, hacer una visita general de las fronteras, principalmente por las costas; para sacar una carta exacta, en la que estén indicados sobre todo los lugares propios para fundar puertos y calas, con el objeto de que la Francia sea tan poderosa por mar como por tierra; 8.º, reconocer todas las deudas de la Francia con respecto á los príncipes aliados y formar una confederación de todos los Estados que odian ó temen á la casa de Austria.

Antonio Pérez, que se había retirado al lado de Enrique IV huyendo de la corte de Felipe II, le dió en cambio de su hospitalidad, tres buenos consejos que seguir: *Roma, Consejo, Píllago*. En efecto, se mantuvo unido á los papas, se rodeó de prudentes consejeros y no olvidó la marina. Estipuló la libertad del comercio con la Inglaterra y con el sultán Acmet I, dió un edicto para secar los pantanos, y formó los reglamentos para la explotación de las minas; embelleció á París, comenzó el hospital y la escuela militar, como también el canal de Briare entre el Sena y el Loira; proyectaba, además, unir ambos mares, reuniendo el Aude al Garona.

De esta manera pudo la Francia dirigir sus miradas á la América. En 1562 Coligny había mandado á la Florida buques, en los que se habían embarcado cierto número de calvinistas que no iban en busca de tesoros, sino de la paz civil y religiosa. El almirante español Menéndez destruyó la colonia é hizo ahorcar á todos los que cayeron en su poder, *no como franceses sino como herejes*. Un caballero gascon, llamado Domingo Gorgues, gran enemigo de España, empleó entonces todo lo que poseía en armar algunos barcos, y arrojándose sobre los colonos de la Florida, los hizo ahorcar á su vez, *no como españoles, sino como asesinos*. Abandonando los franceses á aquel país tan próximo á las posesiones del enemigo, se dirigieron á la América del Norte, donde ya habían descubierto á Terranova, y penetraban en el río de San Lorenzo, en cuyas orillas fundaron en 1608 la ciudad de Quebec, futura capital del Canadá.

**Edicto de Nantes, 15 de abril de 1598.**—Enrique, con el edicto de Nantes, concedió á sus antiguos correligionarios una completa amnistía: podían en virtud de ella habitar en su reino, sin que á nada se les obligase en contra de su conciencia; desempeñar toda clase de cargos, sin fórmula de juramento contrario á su culto; en caso de delinquir serían juzgados por tribunales compuestos de protestantes y católicos en igual número; se les facul-

taba para publicar libros, fundar colegios, escuelas y hospitales de su religion, y no obstante podian ser admitidos en la universidad y en los hospitales antiguos y ejercer con entera libertad su culto, excepto en los sitios reales y cinco leguas al rededor de París. Contaban entonces más de setecientas sesenta iglesias, cuatro universidades en Montauban, Saumur, Montpellier y Sedan; plazas fuertes en Montauban, la Rochela y otros puntos. Formaban verdaderamente un Estado en el Estado, lo que Luis XIV creyó deber destruir para conseguir la unidad del país.

Pensó Enrique IV que podía conceder á los jesuitas la tolerancia que dispensaba á los protestantes. Mucho trabajo les había costado penetrar en el reino, por su carácter de adversarios de las libertades de la iglesia galicana y de los derechos reales; de aquí que fueran espulsados en las épocas de turbulencias. Se decía además (cosa notable, pero que nada tiene que cause admiración) que hacían un quinto voto, por el que se comprometían á ser partidarios de la España, y que todos los días oraban por Felipe II. Ahora bien, en aquella misma época eran perseguidos en España por la inquisición, y sobre todo por el rey, á quien no convenía ni su sólida organización, ni menos el poder que tenían de permitir la lectura de libros prohibidos, y absolver á los herejes en lugar de quemarlos. Enrique IV los había vuelto á llamar, y el padre Cotton supo, con su habilidad y moderación, separar de su ánimo las siniestras prevenciones que tenía contra ellos. Estando discutiendo sobre el secreto de la confesión, le dijo Enrique: *¿Es decir que vos no denunciaríais á uno que me quisiese asesinar?* No, señor, respondió el jesuita, *pero me pondría entre él y vuestra majestad.* Enrique llegó hasta defenderlos en el parlamento; y de Thou, gran enemigo de ellos, refiere este discurso que él mismo oyó al rey: «Gracias por el interés que me mostráis; pero cuanto habeis dicho, ya lo había yo pensado y considerado. En Poissy fué reconocida, no la ambición, sino la capacidad de los jesuitas: y no sé porqué se creen ambiciosas unas personas que rehúsan las dignidades y las primacías, haciendo voto de no aspirar á ellas. ¿Y es maravilla que los eclesiásticos les hagan la guerra? la ignorancia quiso siempre mal á la ciencia. La Sorbona les condenó sin conocerlos. La universidad tiene por que echarlos de menos, desierta desde que ellos la abandonaron, pues los discípulos, á pesar de vuestras prohibiciones, los buscaban dentro y fuera del reino. ¿Decís que atraen á sí muchos buenos ingenios y escogen los mejores? Por eso mismo los quiero yo. Cuando yo necesito gente para la guerra, quiero que se elijan los mejores, y vosotros, en vuestras corporaciones, quisierais que no ingresasen más que personas dignas, y que por todas partes fuese la virtud el distintivo de los honores. ¿Se ingieren como pueden en las ciudades? Lo mismo hacen los demás, y aun yo entré como pude en mi reino. Es preciso

confesar que en sus pasiones y su vida ejemplar lo consiguen todo. Respecto á su doctrina, yo no puedo creer lo que se dice, no habiendo hallado nunca, entre tantos discípulos suyos, uno solo, ni entre los que cambiaron de religion, que sostenga haberlos oído decir que era permitido asesinar á los tiranos y conspirar contra los reyes (*aquí descien de á casos particulares*). Dicen que sirven al rey de España, yo también quiero servirme de ellos, porque la Francia no es de peor condición que la España... Dejad que yo conduzca este negocio, que otros más difíciles he conducido; y no penseis vosotros más que en hacer lo que yo diga y mande.»

Sin embargo, se imputaron á los jesuitas y á los capuchinos frecuentes tentativas contra la vida del rey; y Juan Chatel, que hirió á Enrique IV en la boca, confesó haber sido inclinado á este crimen por haber oído decir á los jesuitas que era una acción meritoria dar muerte á un hereje y á un tirano. En su consecuencia, se procedió de nuevo contra aquella orden como perturbadora de la tranquilidad pública, enemiga del rey y del reino; y los jesuitas fueron desterrados de París. Pero como los demás parlamentos no aceptaron aquel decreto, conservaron los colegios que poseían fuera de la capital.

Ningun príncipe tuvo más dificultades que vencer, más odios que extinguir, ni más enemigos que domeñar. Fué una felicidad para él: pues reducido á la existencia prosaica de los demás reyes, hubiera sido un príncipe vulgar y libertino. Dejó once bastardos reconocidos, además de otra multitud á quien dotó, y sus enemigos supieron á veces prevalerse de su condescendencia con las mujeres para conseguir sus fines. Gabriela de Estrées le fijó más tiempo que sus demás queridas; hizo después disolver, por culpas recíprocas, pero alegando la falta del libre consentimiento, su matrimonio con Margarita de Valois, que escribió después sus memorias para disculparse. Habiendo muerto entonces Gabriela, se enamoró el rey de Enriqueta de Entraigues, y le hizo una promesa de casarse; pero Sully rompió el papel delante del mismo rey, quien se lo perdonó, y se casó con Maria de Médicis, de quien nació Luis XIII. No menos perdidamente se enamoró Enrique IV, á la edad de cincuenta y seis años, de una coqueta de quince, hasta el punto de querer hacerlo asunto de Estado (10). Un día preguntó al embajador de Rodolfo II si su

(10) Lo cual no quiere decir que creamos lo que se refiere que quería por ella hacer la guerra á España. Habiendo dicho Lameth, en una sesión de la Asamblea constituyente en 1791, que Enrique IV había estado á punto de producir una guerra en toda Europa por recobrar á la princesa de Condé, el abate Maury se levantó para contestarle, y manifestó los magnánimos designios «del único rey de quien el pueblo ha conservado memoria.» Este discurso, que es uno de los más elocuentes que conocemos

amo tenía queridas: «Lo ignoro, contestó; pero si tiene debilidades, procura al menos ocultarlas.—Hace bien, replicó Enrique IV, si no tiene suficientes buenas cualidades para hacer olvidar sus faltas.»

El condestable de Castilla le sorprendió un día á gatas en el suelo, llevando á su hijo montado sobre las espaldas: como el embajador quisiese retirarse: «¿Teneis hijos?» le preguntó Enrique IV; y á su respuesta afirmativa continuó dando la vuelta por el aposento (11). Esta sencillez doméstica y su fidelidad para con sus amigos le hacen perdonar sus extravíos amorosos. Habiéndose acusado á Sully ante él, le dió conocimiento de la acusación; y como después de haberse justificado el ministro se arrojase á sus piés, conmovido de su bondad: «¿Qué haceis?» exclamó Enrique IV. Si os viesen se creería que os perdono.» Sublime delicadeza de un rey.

El objeto perpétuo de su política era rebajar la casa de Austria, no tanto con objeto de arruinarla sino para impedir que oprimiese á los demás. No cesó nunca Felipe II de fomentar contra él conspiraciones y rebeldías; invadió á la Francia, tomó á Amiens, que pasaba por inespugnable, y amena-

entre los modernos, será digno de ser propuesto por modelo á la juventud, cuando se renuncie á darle una educación únicamente griega y romana.

(11) Tanto la historia como la poesía está acostumbrada á los plagios; léase la carta siguiente del Aretino á Franc'otto, con fecha de abril de 1548:

«Si, antes de ayer, el gran número de personas con quien hablaba en mi casa como habeis visto, me ha impedido hablaros de vuestra risa, cuando me visteis entre Hadria y Austria, mis hijas, de las cuales la una tiene once años, y me tenía abrazado por el cuello, al paso que la otra, que no tiene más que nueve meses, me tiraba de la barba, no es que no lo haya notado: guardé el silencio entonces, para deciros hoy una gran cosa en comparación del dulce sufrimiento que tenía.—Lorenzo y Julian (de Médicis), el primero padre de Leon X, y el segundo de Clemente VII, habiendo ido á pasar la temporada de calor á Poggio, llegó un día en que, después de comer se retiraron á su aposento con objeto de evitar el sueño. Como las ventanas estaban abiertas, y el viento que les daba de cara los animaba con su fresco, se hicieron caballos con dos cañas que cayeron en sus manos. Cada uno de ellos montó en el suyo; Julian quiso que Julio montase á grupa del que él tenía, y Lorenzo, que Juan hiciese lo mismo. De esta manera se pusieron á cabalgar sin espuelas, aunque realmente parecía que espoleaban. Así era que los niños entregados á su alegría experimentaban en su inocencia el mismo placer que siente en su ternura todo padre que divierte á su hijo. Este Mariano, á quien después se le llamó el fraile del Piombo, los vió ocupados de aquella manera; y como no había podido menos de reirse, aquellos grandes personajes le invitaron á entrar. Rogaron entonces á aquel hombre alegre y leal no decir que había encontrado á los dos hermanos (que fueron después padres de dos tan grandes pontífices), divirtiéndose entonces de aquella manera, antes que tuviese hijos, haciéndole comprender con estas prudentes palabras que la menor cosa que hacen los que los tienen, es volverse locos.»

zó á París, sostenido como lo estaba por los señores descontentos; pero Enrique IV volvió á recobrar esta plaza fuerte, y forzó á Felipe á consentir en la paz de Vervins. La Francia recobró entonces todo lo que había perdido en un siglo de desastres.

Manuel de Saboya, que se había visto precisado á ceder, para recobrar á Saluces los países del otro lado de los Alpes, intrigó con la España y con el marqués de Biron (12). No encontrándose este señor bastante recompensado por Enrique IV, hacia traición á su patria, y se entendía con los extranjeros para dividirla. Descubierta la primera vez, el rey le perdonó; pero en la segunda se negó á confesar su crimen, y fué enviado al suplicio. En las demás tramas, de las cuales se cuentan hasta diez y nueve, Enrique IV perdonó siempre.

Pasó en paz el último año de su vida, reverenciado, temido de todos y considerado como árbitro de Europa. Se proponía darle una forma nueva estableciendo una república europea, que debía comprender cinco monarquías hereditarias, á saber: Francia, España, las Islas Británicas, Suecia y la Lombardia, con la Saboya, el Piamonte y el Milanesado: seis Estados electivos, á saber: los Pontificios, con Nápoles, la Hungría, la Alemania, la Bohemia, Polonia, Dinamarca, las dos repúblicas demócratas de los Países-Bajos, con Juliers, Cleveris y Berg, y la Suiza con la Alsacia, el Franco-Condado y el Tirol: dos repúblicas aristócratas, es decir, Venecia con Sicilia, y la parte de Italia que comprende la Toscana, Génova, Luca, Mantua, Módena, Parma y Monaco. Las cuestiones entre estas potencias serian juzgadas á pluralidad de votos por un senado, que decidiera también sobre los asuntos generales, y sobre todo, ocuparse de los medios de defender á la Hungría y á la Polonia contra los turcos, á la Suecia contra los rusos, á los pueblos contra el despotismo y á los reyes contra el espíritu de sedición.

Esta utopía se había ya imaginado por los pontífices en la Edad Media; ¿pero qué garantía dar de ella á no ser la misma guerra que se procuraba estirpar? Sea lo que quiera, Enrique IV procura realizar lo posible de estas hipótesis peligrosas, y reunir á la Europa en una alianza contra el Austria. Esta se encontraba en gran peligro, cuando la sacó de él Francisco Ravaillac, mancebo natural de Angulema, quien le asesinó (14 Mayo de 1510). Este fanático confesó haberle herido porque era

(12) El padre de Biron había sido uno de los guerreros más distinguidos. Habiendo pedido el hijo en la época de las guerras de Enrique IV seis mil hombres á este príncipe, con los cuales se prometía destruir el ejército del duque de Parma, que se batía en retirada, el Bearnés se lo negó, tratándolo de aventurero; mas, después llamándolo aparte, le dijo: «Bien sé yo que podrías conseguirlo; pero si lo hacías, se concluía la guerra, y tanto tú como yo tendríamos que ir á plantar coles á Biron.»

hugonote y enemigo del papa (13). Esperaba ser

(13) Mariana (*De rege et regis instit.*, c. 6), le llama *aterrum Gallia decus*. Fray Pablo escribía á Casaubon: *Detestandum facimus in optimum principem vestrum abominantur omnes, prater eos, quorum ars est principum vides, quos impensius odisse mihi nunquam satis est, 22 de enero 1610. Y á otros: Dicere non valeo quanto maiore regis maiore apud nos audita fuerit: unica spes libertatis christiana in posita esse videbatur... Communis iure fuit calamitas, qua spem bonorum fregit et malorum audaciam auxil.*

saludado con los aplausos unánimes del pueblo, que, por el contrario, le persiguió con sus maldiciones hasta el lugar del suplicio.

La política que Enrique IV había trazado le sobrevivió: la oposicion al Austria fué sostenida por Gustavo Adolfo, después por el cardenal de Richelieu, que fué el alma del reinado de Luis XIII. La Francia continuó sosteniendo la libertad religiosa y el equilibrio europeo, hasta que ella misma pareció dispuesta á romperlo. Vió entonces volverse contra ella á aquellas envidiosas alianzas que le habían ayudado á salvar la Europa.

### CAPÍTULO XXVI

#### INGLATERRA.—LOS TUDOR.

**Enrique VIII.**—El primero de los Tudor, el avaro y severo Enrique VIII, que había procurado á la Inglaterra la tranquilidad exterior á precio de la dignidad nacional, la calma interior con el despotismo, las estorsiones y el abatimiento de la aristocracia, que la guerra de las dos Rosas había diezado, dejó el reino á su hijo sin ninguna esperiencia de los negocios, con un tesoro de un millon y ochocientas mil libras esterlinas. De edad de diez y ocho años, activo, estudioso y avaro hasta el exceso de placeres, Enrique VIII, más instruido en la escolástica y en la teología que lo que convenia á un príncipe, comenzó su reinado con esplendor; fiestas, torneos, corridas de caballos, excitando con su ejemplo á los señores á ostentar sus riquezas escondidas, componiendo música y castigando á los concusionarios; de esta manera adquirió popularidad.

**Wolsey.**—Tomás Wolsey de Ipswick, que de la más humilde condicion fué elevado al arzobispado de York, después á la categoria de cardenal y al empleo de canceller, llegó á ser su confidente y su ministro omnipotente, hasta el punto de decir: «El rey y yo queremos.» Era hombre activo, flexible y hábil tanto como avaro. Empleaba las subvenciones considerables que recibia de los príncipes extranjeros en alentar las artes y las letras, y fundó un colegio en Oxford. Desplegaba un lujo real en su palacio, que aun se va á admirar en Hampton-court, con sus mil quinientas habitaciones en derredor de cinco patios. Veíanse allí heraldos de armas, guardias, escuderos, coperos, pages, todos los empleos de una corte y seiscientos servidores. Todos los dias se servian tres mesas, presididas por oficiales superiores, y ningun príncipe poseyó en su época tan rica vajilla. Diez y seis capellanes decian en su palacio misa todos los dias, y sólo el servicio musical de la capilla se componia de un

dean, un preste, un subdean, un repetidor de coros, un sacerdote para el evangelio y otro para la epístola, un maestro con doce coristas, y doce cantores. Wolsey se mezcló, como ya hemos visto, en todos los negocios de Europa; hacia variar de amigos á su amo, segun su propio interés. Se dejó ganar principalmente por Carlos Quinto mediante dos ricos obispados en España y la promesa del papado; pero engañado dos veces, su favor se convirtió en odio, y le hizo perder el de Enrique VIII, principal causa por la cual el emperador se vió obligado á dar libertad á Francisco I y á aceptar la paz de Madrid.

Enrique VIII aspiraba al titulo de cristianísimo, del que había sido desposeido el rey de Francia por el papa; pero obtuvo el de *defensor de la fe*. Entonces fué cuando escribió el *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*, obra á la que Leon X llamó un *diamante del cielo* (1).

La bella y virtuosa Catalina de Aragon, tia de Carlos Quinto, había sido prometida al hermano de Enrique VIII, pero habiendo muerto aquel príncipe á la edad de catorce años sin que se hubiese consumado el matrimonio, Enrique VIII se casó con ella por amor, y los dos primeros años de su union se pasaron en fiestas y diversiones. Tuvo de ella en el trascurso de diez y ocho años, sin contar los malos partos, cinco hijos, que murieron todos escépto Maria. Esto no le impedía distraerse con otras mujeres. Llegó el momento en que se enamoró de Ana Boleyn (Bolena), y entonces manifestó es-

(1) Véanse además de los autores de costumbre, á BURNET, *Historia de la reforma de la iglesia anglicana* C. DODD, *Historia eclesiástica de Inglaterra desde 1500 hasta 1668* (ingl.) 1839.